

LA SEMANA.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO,

Escrito por el Sr. D. José MARMOL, y publicado por la imprenta URUGUAYANA.

M. 15.

MONTEVIDEO

JULIO 28 DE 1851.

PARTE POLITICA.

SOBRE EL SUBSIDIO.

En nuestro número anterior publicamos carta de los Ministros Orientales en París, fecha el 29 de Mayo, dirigida al Señor Roche, notificándole: "que el gobierno de Montevideo no mira ya como necesario préstamo que la Francia le hacía," rotundo, "se diese la orden necesaria para cesar el subsidio."

Esta ocurrencia que cambiaba para el gobierno francés la faz económica de su gestión en el Plata, en los momentos en que debía entrar á la Asamblea el dictámen de la Comisión nombrada para examinar las últimas Convenciones del Señor Le-Préour, fué interpretada en Francia, y lo ha sido aquí mismo, como un paso hábil de los Ministros Orientales, por cuanto despoja á los que se proponían sostener las convenciones, de su mas poderoso argumento en favor de la paz á todo trance, cual

era el gasto infructuoso, segun ellos, para la Francia, que se continuaba haciendo despues de tanto tiempo. Y si tal ha sido en efecto el pensamiento de los Señores Ministros Jeneral Pacheco y D. José Ellauri, nosotros nos unimos sinceramente á los que aplauden su habilidad política en la difícil situación en que los colocaba la probabilidad de la ratificación de las Convenciones.

Pero lo que no alcanzamos á comprender es, como los Ministros Orientales no han aprovechado esa ocasión para fundar el medio extremo de que echaban mano, en una desagradable verdad cuyas consecuencias han sido tan públicas y tan azarosas despues de mucho tiempo.

Para darla á conocer en toda su extensión, permítasenos hacer una lijera reseña de los motivos que precedieron á la Convención de 12 de Junio de 1848, en que se

estipuló el subsidio mensual dado por la Francia al gobierno de Montevideo.

En 19 y 20 de Marzo de ese año 48, arribaron á este puerto los Señores Baron Gros y Capitan Gore, y en nota de 21 de Marzo comunicaron al gobierno, que venían en la categoría de Plenipotenciarios en misión especial, porque los gobiernos de Francia y de Inglaterra á quienes representaban, no habían cesado de ansiar la paz en la márjen oriental del Río de la Plata.

Desde luego, á los que conozcan la historia de la Intervencion combinada, se les presentará como una anomalía política, la presencia de un Enviado ingles asociado á un Enviado frances, en la Cuestion del Plata, en Marzo de 1848, despues que en Julio de 1847, la Inglaterra se había separado de su aliada, abandonado esa Cuestion, y aprobado la conducta del Ministro británico que cortó con una palabra el nudo gordiano de la Inglaterra en el Plata—pero esto no es del caso.

En 28 de Marzo, los Plenipotenciarios se dirijieron de nuevo al gobierno de Montevideo, poniendo en su conocimiento una declaracion que habían recibido del Jeneral Oribe, en que este Jeneral, á solicitud de los Plenipotenciarios, se convenía á entrar en negociaciones con el gobierno, invitando á éste los Señores Gore y Gros á prestarse á la negociacion, ofreciendo sus *buenos oficios* para ella.

El Gobierno aceptó ¿ni qué medio quedaba? muy cortesmente aquellos Ministros decian al gobierno en su nota citada: “Si no tratáis con el Jeneral Oribe, consideraremos terminada la *mediacion* y levantaremos el *bloqueo* de ambas riberas del Plata—La *mediacion* y se hablaba de bloqueos—la Inglaterra hablaba de bloqueo, y hacia ocho meses que había levantado el suyo!

Convenido el gobierno Oriental, dió prin-

cipio entonces esa negociacion Gore-Gros la mas célebre, la mas estravagante por el punto de partida y por sus medios empleados, de cuantas han tenido lugar en el semillero de inconsecuencias políticas y peripécias cómicas, que se llama Intervencion en el Plata; y esa negociacion, con treinta y tantos documentos, está abierta ya con el polvo del olvido, perdida entre el caos de medios inútiles y humillantes para los gobiernos de Francia y de Inglaterra, que se han tentado por ellos para conseguir lo mismo que despues han abandonado con mengüa de sus intereses y su crédito.

De esa negociacion pues, resultó:

Primero—que Don Manuel Oribe, por órdenes recibidas de Rosas, se retractó de cuanto había prometido y dicho á los Ministros plenipotenciarios.

Segundo—que el Enviado británico hizo de las suyas con el Enviado frances, prevaleciéndose de la revolucion de Febrero, cuando ya noticia había llegado á Montevideo el día 30 de Abril, teniendo el último que declarar al Señor Herrera que: “la repulsa de Jeneral Oribe era una de las eventualidades previstas por las potencias mediadoras, y los Plenipotenciarios habían obrado conforme á las instrucciones idénticas que habían recibido, si el Señor Plenipotenciario de Inglaterra no le hubiera pasado al Plenipotenciario frances, dos notas oficiales datadas el 3 y 6 de Junio, para declararle que, desde que el gobierno frances no había enviado nuevas instrucciones, ya no consideraba á los agentes como autorizados á continuar en su mision colectiva.” y agregaba que: “esta determinacion ponía forzosamente un término á la mision que los dos Plenipotenciarios tenían de concierto que llenar.” Concluyendo con manifestar en última ocasion, toda la pena que sentía por haber sido des-

raciadamente inútiles todos sus esfuerzos para restablecer la paz en este Estado."

Con el mismo espíritu y casi con la misma redacción, el Señor Capitan Gore pasó otra nota al Gobierno de la República, mandando ámbos Plenipotenciarios por concluida su mision en el Plata:—y esos fueron los dos principales resultados de la mision Gore-Gros.

Nada mas lójico en este caso, que el dejar las cosas en el estado en que estaban; pero como la lójica política de la Intervencion tiene sus procederes especiales, el bloqueo frances establecido en Buenos Ayres y sus costas desde 1845, fué levantado á consecuencia de no haber querido Rosas que Oribe se prestase al pensamiento consiliador de los Plenipotenciarios. Pero "la escuadra francesa debia continuar, no obstante, bloqueando los puertos y costas de la República Oriental, que eran ó fuesen ocupadas por las tropas á las órdenes del Jeneral Oribe," segun la nota del Señor Devoize al Señor Herrera, fecha 15 de Junio.

Levantado el bloqueo frances del litoral de Buenos Ayres, se establecia por la Francia una hostilidad directa, pero real, al puerto de Montevideo, que era, durante la existencia de aquel bloqueo, el emporio de las importaciones europeas, y, naturalmente, iba á secarse la fuente principal de las entradas del gobierno.

El Señor Baron Gros, que procedia violentado por sus instrucciones, y que se encontró intrigado repentinamente por la caída del gobierno que representaba, procediendo con toda buena fé, y comprendiendo todos los inconvenientes para la plaza de Montevideo que iban á surgir del alzamiento del bloqueo en Buenos Ayres, y atendiendo á que la Francia no habia desistido aun de dar á Montevideo la proteccion necesaria á su defensa, creyó consiliar todo

ajustando la Convencion de 12 de Junio, que asignaba al gobierno de Montevideo un subsidio mensual de 200,000 francos:—Convencion que fué aprobada luego por el gobierno de la República francesa.

La Asamblea Nacional decretó sin trepidacion los fondos necesarios para cubrir las letras del subsidio. Una y muchas veces se repitió en ella el decreto de fondos, declarándose siempre, ser hecho esto en vista de la conservacion de Montevideo, deber imprescindible de la Francia.

El gobierno Oriental por su parte, empleaba el subsidio en ese mismo objeto.

Todos estaban, pues, conformes en el fondo: la Francia en dar el subsidio para ayudar á la defensa de la plaza, el gobierno Oriental en recibirlo con ese mismo objeto.

Pero hé aquí de repente que surge una entidad intermediaria y lo trastorna todo.

El dinero no podia venir en los paquetes. El gobierno Oriental no podia jirar letras contra el gobierno Frances. Nada mas obvio ni mas natural, que fuese el Consulado frances en esta Capital quien jirase las letras contra su gobierno, entregándolas luego al gobierno de Montevideo, para su envío, para su descuento, para lo que quisiera. Así debió ser, y el consulado fué autorizado por su gobierno.

El subsidio debia ser independiente de toda cuestion, de todo reclamo: era la práctica de lo estipulado en una Convencion aprobada y ratificada, ajena totalmente á toda otra emergencia que no derivase de las condiciones mismas del préstamo:—la Asamblea Nacional decretaba los fondos—el gobierno Frances mandaba darlos—el Consulado debia entregarlos en la forma en que se le ordenaba:—esta era la cuestion pura y simplemente.

Pero sucede así? no.

En los primeros meses las letras se entre-

gan regularmente. En adelante, las letras sirven de prenda al Consulado frances para ecsijir del gobierno de Montevideo resoluciones, satisfacciones, despachos en tantos ó cuantos dias &c. &c., sobre cuanta cuestion, pequeña ó grande, importante ó nimia, de esas que todo Consulado y toda legacion tienen en todas partes con los gobiernos, tenia pendientes el Consulado frances con el gobierno Oriental.

¿Eran reclamaciones en que en el Consulado tenia razon? Creemos que sí en muchas de ellas: estamos muy lejos de querer clasificar en perjuicio suyo la justicia que ha acompañado á las demandas del Consulado frances; diremos mas: queremos aceptar la hipótesis, de que todas las reclamaciones que ha hecho desde 1848 hasta el presente, son justas y ecsijidas por la proteccion que debe á los ciudadanos franceses. Pero no podemos menos de decir tambien, que de tal justicia no se deriva el derecho de poder suspender la entrega de las letras pertenecientes al subsidio, por una autoridad francesa encargada de entregarlas escrupulosamente, segun lo pactado en una Convencion con su gobierno, independiente de todas las cuestiones parciales entre el Consulado y el gobierno de Montevideo.

Sin embargo, “contestadme en este sentido, haced esto que es mando, concededme esto que os reclamo porque tal ó cual individuo de mi nacion me lo pide, hacedlo, y hacedlo en tantos dias, porque sinó, no os doy las letras, aunque el abastecedor no dé viveres, el ejército no tenga que comer, y esta plaza, que la nacion francesa ha declarado bajo su proteccion, se pierda para vosotros y para la Francia”—tal ha sido la conducta del Consulado en lo relativo á las letras del subsidio despues de 18 ó 20 meses.

Cada mes ha sido una cuestion la entre-

ga de las letras; cada cuestion ha traído un conflicto; cada conflicto ha dado ocasion á declinaciones mortificantes en los miembros del gobierno, por tal de conservar este pedazo de tierra en que se refugia la libertad de su pais, teniendo que recibir para ello ese subsidio que el pais ha de pagar alguna vez, que la Francia concedió noble y jenerosamente y que, sin embargo, ha servido tanto al Consulado frances para amargar las bocas pue recibían ese sustento.....

.....
Cuanto pues no habria sido conveniente que los Ministros Orientales en Paris, hubieran dicho al Presidente de la República: “Basta, Señor; es menor el beneficio que nos hace la Francia, que la humillacion á que nos condena vuestra autoridad en Montevideo: Quedamos gratos á la Nacion francesa; á ella no debemos sinó simpatias y gratitud, pero permitid que nuestro Gobierno busque en sus reursos, ó en otra parte, los medios de dar de comer á los soldados que defienden ese Montevideo que la Francia no ha podido salvar, y que renuncia á una gracia que empezó por ser noble, y ha acabado por ser incompatible con la jenerosidad de los franceses, y con la dignidad del gobierno de nuestro pais; permitid que renunciemos á un beneficio con el cual se echa cada mes en rostro la triste desgracia de tener que recibirlo.”

Tal declaracion, poco mas ó menos hecha en iguales términos, habria dado el mismo resultado que se propusieron los Señores Pacheco y Ellauri, teniendo la ventaja de dejar consignada una verdad que es preciso que no quede oculta en la historia de la Intervencion, dejando tambien al mismo tiempo, bien determinadas las causas y la entidad sobre que debieran recaer las responsabilidades de un paso semejante, si las

secuencias de él llegasen por desgracia
er funestas á Montevideo.

MISCELANEA .

PASEO CON EL DISTINGUIDO SEÑOR AN-
RUMARRIETA, Y SUS CONSECUENCIAS.

Así como hay gobiernos, y representan-
tes de gobiernos que miran las cosas al
derecho, hay tambien predicadores que no las
miran al derecho. Y era de estos últimos
un buen Cura que, desde la Cátedra del
Espíritu Santo, donde por lo jeneral no
habían en espíritu, ni santo, ni mundano los
que suben á ella, decía á sus oyentes, que-
ndo enseñarles ejemplos de bondad y sa-
lutariedad divina: ¿Deseais saber, hermanos
caros, hasta donde alcanza la prevision de
Dios y su infinito cariño hácia nosotros?
Observad que al lado de cada ciudad,
de cada aldea, ha puesto un río ó un arro-
yo para que sus aguas puedan satisfacer
nuestra sed."—Sin recordar el reverendo
Padre, que Dios hizo los ríos y los arroyos,
para que los hombres hicieran sus ciudades
y sus aldeas.

Esto, ni mas ni menos, me sucedió anti-
guo saliendo á la calle, del brazo con el be-
nemérito historiador Don Francisco Anru-
marrrieta, natural de la libérrima villa de
Bilbao; pues que al verme á su lado, él tan
grande y yo tan chico, renegando iba yo
contra la sobriedad de la naturaleza para
conmigo, sin recordar que no era el trance
en que me hallaba efecto de tal sobriedad,
me acordé de que anduvo, excesivamente pródigo
con el bilbaino, haciendo de tres ó cuatro
aparatos de hombre, en un día de buen hu-
mor, un pico del Aconcagua, ó mas bien

una pirámide ejiptica, con la forma de nues-
tro padre Adam.

De verse era la figura que hacía yo al la-
do del recomendado de mi amigo! No iba
del brazo, como anda la jente natural; no
señor, iba colgado de un brazo del bilbai-
no, pues mi mano quedaba en paralela con
la copa de mi sombrero; y por dos veces
mi compañero me levantó del suelo como
un baston al hacer un saludo no sé á quien,
pues que de verguenza, ni veía, ni oía, ni
sentía otra cosa que un malísimo humor,
al verme que iba por las calles mas públicas
de Montevideo tan á remolque de mi hom-
bre, como de la Intervencion inglesa la In-
tervencion francesa en 1845, por esas an-
chas calles del Oceano Atlántico.

Me era imposible seguir su paso de Titan,
y, colgado de su brazo, en puntas de pié
corria, me afanaba, sudaba por alcanzarle,
dándome todo esto mas despecho cuanto
que temblabade que creyesen los paseantes,
que yo iba haciendo por la calle la parodia
de Don Manuel Oribe atado á los faldones
de D. Juan Manuel Rosas, y corriendo por
esos mundos de Dios sin conseguir el po-
nerse en situacion menos ridícula.

Felizmente pude tomar aliento en la pla-
za de la Constitucion donde paróse mi hom-
bre á medir, mas bien con su mano que con
su vista, las torres y los edificios que la cua-
dran.

—Que está és Iglesia, no tengo duda—
dijo despues de haber mirado un rato la
Matriz.

—Vaya con el descubrimiento!—le con-
testé—póngalo usted en su historia al lado
del artículo 6.º de la Convencion del Se-
ñor Le-Predour con Rosas, en que declara
que la navegacion del Paraná, es navegacion
interior de la República.

—Si; haga usted sátiras de mi historia,
que ya verá, ya verá usted dentro de algu-

nos días. Pero, hoy no hablemos de eso.

—Mejor sería que de eso hablemos, porque al fin hoy no se cuentan sino historias; y hoy tengo yo un humor poco á propósito para novelas.

—Cálma, Señor redactor. Aquí nadie habla de novelas.

—Ya veremos.

—No perdamos tiempo ¿qué edificio es aquel?

—Aquel? Aquel es la arca.

—Como la arca?

—No estoy para repetir las cosas, Señor Anrumarieta: aquel edificio se llama el Cabildo, aun cuando no hay Cabildo ni cabildantes, como sucede en Buenos Ayres; pero hay allí, cárcel, que es lo mejor de este mundo—Policía; que es lo peor—Tribunales de justicia, á quienes el acto de mas justicia será el sacarlos de allí por que la casa se les viene encima—Asamblea de Nobles, que es cosa muy buena.

—Conformes. Dígame usted, ¿y aquella hermosa casa que hace esquina, quién la habita?

—Yo no soy registro de policía, Señor Anrumarieta, para saber las personas que habitan las casas, y si lo fuese no estaria en Montevideo, por que esas son cosas que por aquí no se usan en este maldito tiempo de guerra, en que la policía tiene que prestar su atención á cosas mas serias, para ocuparse de hacer padrones ó cosas de esta especie. Pero oiga usted: ¿usted quiere saber algo de esa casa?

—Sí, lo desearía, es un hermoso edificio.

—Pues quítese el sombrero.

—Yo?—esclamó el bilbaino con una cara que en nada tenía visos de amigable interventora.

—Sí, Señor, usted—le contesté con entereza, atendido á que no estaba para amedrentarme por el mas ó menos tamaño de

un hombre, en el estado de malísimo humor en que me hallaba.

—Pero que diablos de casa es esa? Quien nació en ella?

—Quién nació! Qué sé yo? El nacimiento de mi amigo mio, es lo de menos, lo que es de mas, es el morirse; y en esa casa que usted vé allí, murió el primer talento de esta República.

—Allí eh?

—Sí, Señor, é hizo muy bien en morir, por que él era mas grande que la época que vivía últimamente, y estaba el pueblo muy oprimido é incomodado: ese hombre era el Señor Don Santiago Vasquez.

—No conocimos ese nombre por Europa.

—Es extraño, por que en Europa sabe de memoria los nombres de la América; las cosas son las que no conocen. Pero é cambió, ese hombre que murió en esa casa, conocia perfectamente la Europa, la Europa política, literaria, industrial; conocia sus puntos de relacion con la América; conoció el presente y el porvenir europeo en estos países, y todos los hombres eminentes de vuestra Europa, que lo trataron, se hicieron un deber en clasificarlo como un completo hombre de estado y de ciencia; actualmente yo no conozco en toda la República Oriental y Arjentina, un hombre que reúna en sí solo todas las condiciones que poseia el que dijo adiós á esta maldita época en aquella casa. Vámonos de aquí—dije, volviendo á colgarme del brazo de mi bilbaino y marchando hácia fuera por la calle del Sarandí.

—Qué diantre es esto?—me preguntó al llegar á la esquina alzando la cabeza y mirando las viejas murallas de la Ciudadela.

—Ah! esa es una antigua confitería de nuestros católicos Reyes.

—Una confitería? Si son murallas, hombre de Dios!

—Pues, murallas. Era de encima de ellas los padres de usted y abuelos míos, tiraban confites de á 24 y merengues de á 36 sobre los hijos desleales á su madre patria, que tuvieron el atrevimiento de poner cerco á las rejias murallas.

—Donde las dán las toman, hijo mio.

—Ah, entónces mucho le deben á Rosas Francia y la Inglaterra, porque él les ha estado hasta cansarse, y no ha recibido nada todavía.

—Pero esto es un mercado?—dijo mi hombre entrando por bajo el arco de la Ciudadela.

—Sí, Señor, un mercado; este lugar servía antes para quitar la vida, hoy sirve para quitarla, usted vé que hemos ganado en el cambio.

—Hermosa calle—dijo, sumerjiendo sus miradas en la ancha y prolongada calle del 8 de Julio.

—Sí, Señor, es una de las mejores que hay en las ciudades españolas de la América.

—Pero hombre, este empedrado!—dijo el bilbaino balanceándose como un navío bajo la Línea en un día de pesada calma, al poner sus piés sobre las puntas de diamante que enlosan la salida del Mercado.

—Eso es efecto de nuestra libertad, amigo mio.

—Qué diablos tiene que ver la libertad con las piedras?

—Toma! la primera prerrogativa de todo hombre libre, es poder disponer de lo que Dios le ha dado ¿no es así?

—Y bien?

—Y bien; que en esta Reconquistadora ciudad, y en su hermanita carnal la muy heroica ciudad del puerto de Santa María, ó sea Buenos Ayres, usted y yo y todos los

que estemos en ellas, tenemos el perfectísimo derecho de poder abogarnos en los pantalones de la una, ó de rompernos la cabeza en las piedras de la otra, el día y á la hora que nos dé la gana, con solo cerrar los ojos y caminar un par de cuadras.

—Bah! efecto de la guerra.

—Sí, siempre es cómodo tener á quien echar las culpas: en muy sana paz en el año de gracia de 1838, pasamos, yo y mi caballo, toda una noche sumidos en un rio de barro á ocho ó diez cuadras de la plaza principal de aquella Ciudad á cuya aparición, Esparta debía callar su virtud, y Roma sus hazañas; y en el año de 1840, casi me rompí la nuca en una piedra que parece un cerro de plata enjabonado, junto al antiguo Consulado, á tres cuadras de la plaza, en esta hermana de mi madre que se está dando de manos con la vieja Troya. ¡Ay, mi amigo, las dos hermanitas tienen muy lindas coronas de laurel y de rosa, pero los hijos y los sobrinos las tenemos de espinas, tambien muy buenas!

—La guerra, la guerra.

—Qué guerra, ni qué diablos! la guerra no es una causa, es un efecto de otras causas mas jenerales y mas viejas. pero dejemos esto. ¿Vé usted, vé usted aquello?

—Aquella bandera?

—Sí; esa es la bandera de la batería principal del centro de la Línea.

—Con que allí está la línea de fortificaciones?

—Sí, Señor, allí está.

—Y hablando algo sobre algunos recuerdos, llegamos á ella después de diez minutos de marcha; mi bilbaino, fresco como una lechuga; y yo, mohino y ardiendo en cuerpo y alma.

—Con que esta es la Línea?—dijo el buen Don Francisco con cierta sonrisita que me hizo el efecto de un alfilerazo.

—No, Señor; no es esta la Línea.—le contesté muy sério.

—Cómo! Ahora salimos con esas? Y si esta hilera de ladrillos que de un punta-pié mio cae deshecha; y si estos cañones viejos no son la Línea, adonde está, cual es pues la Línea?

—Cual es la Línea eh, Señor Anrumarrieta?

—Diablo! eso pregunto.

—Vé usted aquel jóven de guante blanco y de yarita que se pasea allá abajo?

—Sí.

—Vé usted ese hombre de edad que con su paltó abotonado y su baston bajo el brazo, está parado allá dirijiendo su vista hácia afuera?

—Sí, lo veo; y bien?

—El primero es un jóven literato de las primeras familias del pais, el segundo es un comerciante de los mas respetables, y de las mas altas fortunas que se contaban antes del sitio.

—Pero qué me importa todo eso? Donde está la Línea es lo que yo pregunto?

—Despacio; á eso voy; vé usted ese hombre blanco de camiseta colorada y fornitura, que viene en direccion á nosotros?

—Caramba! Sí, lo veo.

—Despacio, ese es nuestro gaucho; está disfrazado.

—Pero, y la Línea?

—Vé usted ese negro que entra por el portón con un atado de pasto á las espaldas, su gorra de soldado y su bayoneta?

—Mil bombas! usted se quiere burlar de mí ¿donde está la Línea?

—La Línea?

—Sí.

—Pues bien, Señor Anrumarrieta: aquel jóven literato, aquel anciano rico, aquel rey de nuestros desiertos que se llama *gaucho*, aquel negro que carga el pasto, todos ellos

hacen ó han hecho parte de la línea de fortificaciones de Montevideo; ellos son la verdadera línea que ha defendido la plaza de Montevideo, y no estos ladrillos de que usted se ha reido, como se rien nuestros amigos los blancos, cuando visitan este lugar. Corinto, La Rochela, Cádiz, el Callao, este mismo Montevideo en otro tiempo, se han defendido en largos sitios con sus altas y sólidas murallas de granito; pero en el sitio actual, Montevideo ha tenido por muralla el pecho de sus habitantes: el literato tiró su pluma y tomó un fusil; el comerciante dejó sus libros, dejó su familia y tomó un fusil; el hombre de la campaña, despues de pelear en ella, si pudo llegar á la ciudad, abandonó todos sus hábitos y tomó un fusil; el negro dejó la servilleta ó la escoba y tomó un fusil; 8,000 hombres suplieron con sus pechos la solidez que faltaba á esta hilera de ladrillos, el 16 de Febrero de 1843; las horas en que no se batían, cargaban sobre sus hombros, donde los mas no habían llevado sino el frac, los escombros de las casas que demolía el cañon, y con sus manos autes afeminadas, trabajaban de albañilles cubriendo el lodo en que debian dormir á la noche. Los viejos, veteranos de la Independencia Americana, daban el ejemplo, y los jóvenes, tanto Orientales como Argentinos, les hacian ver que eran bien dignos hijos de sus padres. A qui hemos estado todos; nacionales y extranjeros; cada uno, poco mas ó menos ha contribuido á solidificar esta débil defensa material de la plaza, y un año despues, el enemigo que llegó á tiro de fusil de ella, la bala del cañon de á 36 no lo podía encontrar de blanco.... Pero qué diablo! Me puso usted de mal humor con su sonrisita, y me hace usted compañero hablar de cosas que no me gustan, porque ya he dicho á usted otra vez, que soi blanquillo, y me mortifica re-

ordar lo que estos malditos unitarios han hecho contra nosotros.

—Que terquedad de hombres, amigo mio! hacer todo eso por no dejar entrar á Oribe! O, pues yo que él....

—Atropella ¿no es verdad?

—Por supuesto.

—Eso mismo digo yo.

—Toma! Si no comprendo al Presidente. Porque apesar de todo ese entusiasmo; mire usted: estableciendo allí una batería; haciendo una línea de tiradores allá; estableciendo la batería de bombas y cohetes en la congreve de aquel lado, y marchando en las columnas á paso de trote por allí, por aquel otro punto, y por el centro, bah! seguro, mi amigo, me abría paso por encima de los 8,000 y plantaba la bandera de los tres bonetes que diviso desde aquí, sobre la torre de la Matriz; pero estoy por creer que este nuestro Presidente es una mula.

—Despacio, Señor Anrumarrieta; no hay necesidad de llamar las cosas por su nombre, usemos de figuras y no le digamos al presidente, sino Presidente.

—Bien, hombre, pero eso es aquí entre los dos—

—Ah! si es entre los dos, digamos lo que dicen nuestros amigos cuando están de á dos.

—Y dicen?

—Que el mas raro animal que se hubiera podido llevar á la esposicion de Lóndres, si allí admitieran las obras de la naturaleza como admiten las del hombre, habria sido nuestro Presidente Oribe.

—Sin embargo, es necesario tributar respeto á la grandeza caída—dijo el bilbaino meneando la cabeza, y mui cerca ya del saladero de Ramirez, pues que al hombre se le había antojado salir hasta las líneas exteriores.

—No, mi amigo; respetemos la grandeza alzada; porque al andar que llevan las

cosas, nuestro Presidente está menos propenso á caerse, que á ser alzado á la horca.

—Diablo! eso sería terrible, porque es preciso convenir en que ese hombre es digno de admiracion en cierto sentido; sentido por el cual yo soi blanquillo. ¿Y sabe usted cual es?

—No es cosa fácil, señor Anrumarrieta, porque á escepcion del sentido comun, lo que mas abundan son los sentidos.

—Pues yo se lo explicaré á usted, señor redactor: es que veo en ese hombre una gran novedad.

—Bah! yo veo muchas.

—Pero la novedad de que yo hablo, es de que ahí entre esas quintas haya tenido mas coraje que el que han ostentado en estos paises contra él, nada menos que potencia y media de la Europa.

—Qué? ¿Potencia y media ha dicho usted?

—Sí, señor, potencia y media, y he dicho bien.

—Así será.

—Oiga usted, buen hombre, oiga usted y no se rísa: con Oribe han tenido que ver, como con Rosas, la Inglaterra y la Francia, pues ahora, oiga usted:

—Oigo—le dije, llegando ya á la célebre fuente del agua santa, y siguiendo siempre mas adelante, distraido con la conversacion.

—La Inglaterra—continuó el bilbaino—es en política, como en comercio, una sola Nacion. En política exterior, lo que el gobierno Ingles dispone ó hace, desde el primer Lord hasta el último peon de las cerbecerías, lo aprueba como cosa santa; y lo que reclama el mas tímido interes de los Ingleses en el exterior, el gobierno de S. M. B. lo apoya, lo sostiene y lo hace causa Inglesa á cañonazos y demás. A este respecto, háy entre el gobierno Ingles y los súbditos de S. M. una especie de masonería que es

un encanto ; única en el mundo, causa jeneratriz del poder de la Inglaterra en el exterior y de su actividad política, porque todos los ingleses fuera de su país constituyen una inmensa Legacion Británica que trabaja en sentido de la política de su gobierno, como su gobierno trabaja en sentido del interes de todos ellos, dentro y fuera de la Inglaterra. Y en esto nada hay que reprocharles.

La Francia es todo lo contrario de la Inglaterra á este respecto : en política hay dos medias Francias : el gobierno y el pueblo. Basta que el gobierno frances establezca tal política en tal cuestion, para que el pueblo quiera que se establezca una política contraria. Basta que el espíritu público de los franceses demande tal política en tal cuestion, para que el gobierno obre en sentido contrario. Y así, por fuerza, toda cuestion ha de tener de su parte, ó al pueblo solo, ó al gobierno solo, pero jamás al pueblo y al gobierno juntos. El espíritu frances, valiente, jeneroso y romanezo, se avino perfectamente con la defensa de Montevideo. ¿ Si? dijo el gobierno ¿ quereis defensa de Montevideo, no es verdad? ¿ quereis que la Intervencion obre? si? pues no hago nada, ó si hago ha de ser en favor de Rosas. De este modo, mi querido amigo, la causa de Montevideo no ha tenido de su parte sino á la mitad de la Francia, y por consiguiente—dijo escribiendo con su baston en la arena :

La Inglaterra—potencia.....	1
La Francia—id.	$\frac{1}{2}$
Total.....	$1\frac{1}{2}$

—Usted ve, mi amigo, que dije bien al decir que potencia y media habían estado contra Oribe en la presente cuestion. Y sin embargo, es mucho, es mucho. Respetemos, mi amigo, le repito á usted, las gran-

des resistencias de los hombres, y respetemos mas cuando los vemos caidos.

—El que se cae soy yo, Señor Amarrrieta—dije tirándome á la falda del montesito de arena, como á seis ú ocho cuadras al Sur de la ya nombrada fuente de agua santa, deshecho mi cuerpo con una larga caminata, y abrumado mi espíritu por la lójica del bilbaino, con que me acababa de probar como dos y dos son cuatro, que la Francia no es entera, sinó media.

—De poco se cansa usted.

—De poco? Una y no mas, Señor Sarr Blas. En mi vida he caminado tanto, y cuando adelante puede usted pasear solo cuanto veces le dé la gana, que desde hoy me declaro Intervencion inglesa, y lo dejo á usted á que se ayude como pueda.

No bien acababa de decir estas palabras mirando la cara del recomendado de mi amigo, que se reia de mí á mas no poder, cuando por un lado del pequeño médano que me servía de colchon, salieron, y se interpusieron entre nosotros y el camino que acababamos de andar, tres bombres que me hicieron abrir tres pulgadas de boca y dilatár mis párpados tres líneas mas de lo natural: cada uno traía en su gorra una hermosísima divisa colorada, otras dos blancas y coloradas en el pecho, otras divisas de fierro á la cintura que me parecieron, no sables comunes de caballería, sinó ser cada una la espada flámijera del ángel exterminador, y, por último, otra divisa en la fisonomía que decía con grandes caracteres, ser aquellos ilustres caballeros hombres de confianza de S. E. el Presidente Oribe, hermanos todos ó primos hermanos de su ministro Cabrera.

Me parece que mi bilbaino les dijo:

—Buenas tardes—ó algo semejante; no sé; por que tampoco sé por que especie de mecánica, de brujería ó de ausilio sobre

natural, yo que estaba acostado cuando la paricion, me encontré de repente á una cuadra de mi compañero, del médano y de los parientes de Don Manuel, repasando como Mr. Howden, el camino que había andado.

Unas voces parecidas á un trueno me alcanzaron sin embargo en mi carrera inglesa y cual fué mi alegría cuando al dar vuelta la cabeza ví que ninguno había tenido la ocurrencia de querer seguirme.

Paréme entonces un momento y ví que el Señor Anrumarieta se reía á carcajada suelta, y me gritaba:

—Eh! no corra usted, hombre, son los nuestros, no quieren hacernos mal; quieren solamente llevarnos á presentar al Presidente, porque hemos ultrapasado las lineas. No es nada hombre, venga usted; mañana volveremos á la ciudad.

—Yo?—dije entre mí, porque gritar no podía—no—le dije, por señas.

—Venga usted, mañana volveremos—continuaba gritando Don Francisco.

Entonces, recuperando un poco de mis perdidas fuerzas, pude responderle:

—Muchas gracias, mi querido amigo; téle usted memorias al Señor Presidente, y si por acaso se queda usted con él algunos dias, no pierda oportunidad de escribirme.

—Bien, hombre, bien—prósiguó el bilbaino siempre riéndose á carcajadas de mi carrera,—sino vuelvo mañana le escribiré á usted con mucho gusto.

Y no oí mas, porque volví á tomar á paso de ataque el camino de la ciudad.

—Qué hay?—me gritan dos soldados del cuerpo del coronel Tajés, que me habían visto poco antes pasar acompañado, que habían oído parte de los gritos, y que me veían volver solo.

—Que á mi compañero se lo llevan los

diablos—les contesté, sin pararme á darles esplicacion ninguna, por que no quería parar hasta mi casa.

Dos dias há de este desgraciado suceso, y aun no sé una palabra del recomendado de mi amigo Alejandro. Es probable, sin embargo, que en la presente semana reciba alguna carta que me saque de dudas, y por el interes que puedan tener mis lectores en la suerte del autor de la HISTORIA MONUMENTAL, cometeré la imprudencia de publicar la correspondencia epistolar que reciba.

El Comercio del jueves ha dicho, y antes y despues de ese dia lo hemos oido en varios círculos, que en el Cerrito se repetía como cosa cierta, que Rosas mandaría pronto á esta banda un auxilio de algunos miles de hombres de infantería y artillería.

No damos jeneralmente mucha fé á lo que se escribe ó dice, por noticias venidas de Buenos-Ayres ó del Miguelete, pues parece que muchos han tomado por entretenimiento el venir á engañar. Pero en el caso presente pensamos de otro modo.

Es muy posible que Rosas quiera auxiliar á Oribe con algunos cuerpos de artillería y de infantería, por cuanto él sabe bien todo lo que le importa el que la guerra se prolongue en el Estado Oriental, y tal vez por que abriga la esperanza de inutilizar con un triunfo en ella las operaciones ulteriores de sus enemigos. Ya se le ha visto enviar á Oribe tres buques cargados de provisiones de guerra, y no será extraño que, tras de ellas, envíe otras mas con provisiones de soldados.

Prevenir tal caso sería una medida muy prudente por parte del que puede hacerlo y está tan interesado en ello.

El Brasil no ha hecho aun la mínima hos-

tilidad contra Rosas, y estará en su derecho impidiendo que el gobierno de Buenos Ayres refuerze al enemigo del Imperio, y sobre el cual parece que el ejército de S. M. ha abierto ya su campaña.

Esto es tan obvio que creemos que el distinguido jefe de la escuadra imperial tomará sus medidas para impedir el arribo de buques con fuerzas argentinas al territorio Oriental ocupado por D. Manuel Oribe.

VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA !

Mueran los enemigos de la Organizacion Nacional!

El Gobernador y Capitan Jeneral de Entre-Rios, Jeneral en Jefe del Ejército Aliado Organizador, y de Operaciones de Vanguardia contra los Tiranos del Plata.

A LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

PROCLAMA.

ORIENTALES !—Torno á pisar vuestro hermoso suelo hollado hace nueve años por un hijo desnaturalizado, que ha vendido vuestra heroica nacionalidad á la insaciable ambicion del tirano de Buenos Ayres. Teniais leyes,—Oribe las ha relegado al desprecio:—Instituciones,—las ha derribado con su mano sacrilega:—Libertad,—la ha encadenado al ominoso carro del Neron Argentino:—Orden, lo ha suplantado con el caos:—Riqueza,—la ha entregado al pillage de los bandidos:—Sangre,—la ha vertido inhumano en medio de furores frenéticos:—Independencia,—la ha ofrecido en

holocausto al usurpador de dos Repúblicas: Leyes, Instituciones, Orden, libertad independencia y gloria—todo ha desaparecido bajo la dominacion del monstruo Oribe. Vuestros sordos clamores han conmovido mi alma, y la fraternidad de sangre, y decidida cooperacion en favor de la Libertad que he ofrecido sobre mi espada á vuestro lejítimo Gobierno, me traen por segunda vez con los brazos abiertos á esta tierra querida, dispuesto á estrecharos contra mi corazon, y á salvar el honor, la existencia política, la libertad, y merecida gloria de vuestro infortunado suelo. El denodado Pueblo Correntino con su invicto Jefe Sr. Jeneral Virasoro, y el patriótico Gobierno Imperial del Brasil, forman parte de la grande alianza Argentino-Americana contra los tiranos del Plata, incapaces de afrontar el peligro, y de resistir al poder omnipotente de la coalision organizadora.

HERMANOS DEL ORIENTE !—Hijos ilustre de la Independencia de América—Al Cielos y á los hombres jenerosos de corazon, pongo por testigos de la sinceridad de mis intenciones, y apoyado en el testimonio de mi conciencia, en la santidad de la causa que voy á defender entre vosotros, y en la fé de la justicia universal del mundo libre, someto gustoso mi conducta y mi nombre, al tribunal inexorable de la opinion en los futuros tiempos. Nunca recusará ese solemne fallo de la posteridad, vuestro leal amigo—

JUSTO J. DE URQUIZA.

Campamento Jeneral en marcha, Julio 18 de 1851.